



*El Misterio*

*de Ilici*

*Luis Carlos Suárez Caballero*

*IV Torneo de la "Torre de Ecthelion"  
ALICANTE, OCTUBRE 2.005*

Los derrengados soldados se abrían paso a través del barrizal en que se había convertido la carretera imperial. Ludwing maldijo en voz baja su mala suerte. Le habían dicho que el clima de esa región no era de mucho llover, pero de vez en cuando caía agua como si se hubieran abierto las compuertas del cielo. Y por lo visto, esa mañana lo había hecho.



Por suerte, su próximo destino ya estaba cerca. Ya distinguía la adusta torre a la luz de la luna llena. Desde el principio del día, había visto varias agrupaciones de esos extraños árboles llamados palmeras, lo que le hacía pensar que tal vez su destino estaba próximo. Incluso aquellos edificios a los que se dirigía estaban rodeados por esas plantas.

Según sus informes, la torre de vigía, que defendía este lejano rincón del imperio estaba a cargo de un Sacerdote Guerrero llamado Carl. Ludwing no sabía por qué se había destinado un sacerdote tan lejos de Altdorf, ni por qué estaba a cargo de una fuerza fronteriza. Tal vez había importunado a algún noble.

El caso es que, al menos esa noche, él y sus tropas disfrutarían de un lugar resguardado donde pernoctar, y esperaba algo de conversación intelectualmente más estimulante que la forma de cepillar bien a un caballo.



Por fin llegaron a los muros que custodiaban el recinto. La torre tenía las ventanas de formas extrañas, como una especie de Ojivas. Sobre la puerta del muro, unos elegantes trazos identificaban el edificio como la Torre de la Calahorra. El edificio no estaba construido en piedra, como se solía hacer en la mayoría del imperio, sino en tapial, que le da un color rojizo al conjunto del edificio, levantado en bandas unas encima de las otras. Aun recordaba a su viejo maestro cuando le explicaba que el tapial es una técnica que consiste en construir muros con tierra compactada a golpes dentro de un molde de madera.

Tras identificarse ante los guardias, sus tropas empezaron a descargar sus vituallas y a cuidar de los animales de monta y de tiro, ayudados por los guardias del puesto.

Mientras tanto, un mayordomo guiaba a Ludwing por unas estrechas escaleras de caracol hasta el piso más alto de la torre, retirándose después, y dejando a un perplejo y agotado mago ante una puerta profusamente decorada. ¿Y que se suponía que debía hacer? Probó a llamar y a empujar, con infructuosos resultados. Por lo tanto, empezó a estudiar los signos cabalísticos tallados en la madera. En ese momento lo vio claro. Era una de las secuencias de gestos que los magos practicaban en sus estudios... pero estaba incompleta. Faltaba uno de ellos ¿Cuál? ¡Pero que demonios...!

Cerrando los ojos, Ludwing forzó a su mente a relajarse, de forma que el cansancio del día no enturbiase sus recuerdos. Aunque le irritase, el método era bueno para evitar que un profano entrase en aquel estudio de las artes místicas. Sintiendo que la furia se

empezaba a alejar, los recuerdos empezaron a desfilarse por su mente... recuerdos...

*¿Por qué no lo descubro? ¿Dónde está la clave? Ludwing golpeó con saña la mesa de estudio. La frustración empezaba a minar su moral.*

*Todo empezó cuando eligió para un nuevo estudio aquel olvidado volumen de la biblioteca. La mayoría de gente creía que el Conde Manfred de Middelheim no llegó a existir, que solo era una leyenda. Por eso nadie otorgaba crédito a aquel viejo volumen que pasaba por sus memorias. Mataskavens es el título que le otorgan las leyendas... la mayoría de madres imperiales usaban a esos viles hombres ratas como el hombre del saco... pero la reciente guerra contra el caos había demostrado que no eran imaginaciones de la plebe.*

*Los skaven existían y eran un peligro. Por eso Ludwing había pensado que el estudio de aquel supuesto aniquilador de skaven podría ser de utilidad para la defensa.*

*Y entre sus páginas había encontrado algo interesante. Habla de una supuesta gran reliquia, oculta bajo una basílica, llamada de santa Maria... en una ciudad sureña conocida como Ilici. La reliquia es o está contenida en un busto de piedra llamado en el texto "La Dama de Ilici". Parece ser que el proyecto del Emperador Manfred era ir a recuperarla, pues la ciudad había sido destruida por la Plaga Negra, y saqueada por los hombres rata. Pero no había descripción alguna de cómo llegar a ese sitio. Sobre la Ciudad de Ilici solo había averiguado que era conocida como la ciudad de las mil palmeras... pero no había planos de su situación. Solo había encontrado una pista. Una pista tan sutil que casi no la había visto, pero de era tan compleja que no conseguía descifrarla. Esa pista era... una poesía.*

*¿Y que tenía de extraño? Bueno, para empezar, era la única poesía en todo el libro. Y además, en principio, no había que extrañarse de que un noble ilustrado escribiera poesías... pero no parecía el estilo*

*de Manfred. El resto del libro era sobrio, duro, con un estilo directo... muy middenlandes en resumen. Por lo que era extraño encontrar una poesía.*

*Pero aún había algo más. El significado... la poesía no significaba nada... no parecían unidas por ningún nexo, como si fueran frases aisladas. Sin embargo, todo daba una sensación de deja vu...*

*Ludwing se había roto la cabeza durante meses. Había probado con todos los métodos criptográficos conocidos. Había investigado sobre la vida legendaria del emperador, buscando pistas... pero seguía en el punto de partida. Todo su esfuerzo no conducía a nada.*

*Frustrado una vez más, volvió a golpear la mesa con furia y salió al frío aire matinal para despejarse un poco. Debido a su ansiedad había pasado la noche en vela, como muchas en los últimos meses. El súbito cambio de temperatura despejó rápido su mente.*

*Empezó a pasear por las calles. Pese a lo temprano de la hora, multitud de comerciantes empezaban a montar sus puestos callejeros, seguramente era día de mercado. La gente se apartaba de su camino, temerosa del taciturno mago.*



*Entonces, empezó a oír las campanas llamando a culto. En el acto, la mayoría de las personas se dirigieron hacia el gran templo. Había mucho fanatismo últimamente con la derrota del gran ejército del caos. Sin embargo, él se sentía superior en la fe a aquellos infelices plebeyos, la mayoría de los cuales solo acudían buscando algo de consuelo para sus duras vidas. Aunque no acudiese a menudo a los servicios religiosos, siempre había un lugar en su corazón para alguna plegaria a Sigmar.*

*Pero esa mañana estaba tan cansado que apenas evitó la multitud que lo condujo poco a poco hacia el templo. Una vez dentro de la gran basílica, distrajo su mirada hacia las altas bóvedas de piedra, dejando que los sermones y las lecturas de los sacerdotes*

serenasen su mente... ¡y en ese momento un religioso leyó una de las frases de la poesía!

Sobresaltado, lo miró rápidamente. Vio que estaba leyendo el libro de oraciones. ¡Por Sigmar! Ludwing abandonó a toda prisa la iglesia y corrió por las calles, remangándose los bajos de su túnica. A su paso, cundía el pánico entre la gente sencilla, preocupada de ver correr a un mago respetable, temiéndose un ataque del caos. Pero él estaba ciego y sordo al caos que desencadenaba. Fallándole ya la respiración, se introdujo en la biblioteca y se dirigió hacia la sección religiosa, en busca del libro de oraciones

Buscó rápidamente la lectura que tocaba en aquel día, y se fue rápido hacia esa página. Y allí estaba, una de las frases. Y otra un poco más allá. Y otro más...por eso le sonaba, como le sonarían a cualquier creyente. Retrocedió un poco para saber en que obra estaban reunidos aquellos versos. Cuando lo leyó, una carcajada surgió de sus labios. Rió sin parar, mientras el resto de madrugadores usuarios de la biblioteca le miraban sorprendidos... el pasaje se llamaba "El Misterio de Ilici"



El bueno de Manfred había escondido las pistas donde solo un ciudadano imperial podría haberlo buscado.

Después de eso, poco le costó a Ludwing desentrañar la información vertida en el verso. Consiguió las indicaciones de cómo llegar a la antigua ciudad. Ahora solo le faltaba el apoyo imperial. Con sus credenciales bajo el brazo, se dirigió hacia el palacio imperial. Tal vez le costase un tiempo, pero estaba seguro de que Karl Franz le otorgaría un salvoconducto para su investigación, y una fuerza aguerrida para escoltarle. Después de todo estábamos hablando de una antigua reliquia con un potencial mágico desconocido.

Ludwing sonrió al recordar su descubrimiento. Y por fin recordó la secuencia de movimientos. Con el gesto que faltaba, la puerta se abrió y entró en la estancia.

-Saludos, soy Carl, bienvenido a mi aposentos- allí estaba El sacerdote vestido con una sencilla túnica, solo decorada con el martillo que identificaba a los seguidores de Sigmar. -Sentaos y tomad una copa de este excelente vino, y probar estos sabrosos dátiles. Y espero que me confiéis el motivo de esta inesperada visita. Hacía tiempo que no veía a ningún hechicero-

-Agradezco tu hospitalidad, mi nombre es Ludwing - dijo mientras se sentaba a la mesa de roble.

-Disculpád si antes de hablar bebo y como algo, el viaje ha sido largo y duro, y hace muchos días que no gozo de un lugar de reposo tan comfortable- comentó Ludwing mientras saciaba su sed con el vino y comía un de los extraños frutos. -Están deliciosos... dátiles... ¿el fruto de la palmera, no es cierto? Nunca los había degustado.-

-En efecto, proceden de la palmera-

-¿Y esas hojas blancas que decoran las paredes, también?-

-Si, aquí la llaman la Palma Blanca. La usan en ceremonias religiosas los lugareños, según las historias locales desde que se representaba el Misterio de Ilici en la antigua Basílica- respondió Carl.

Los ojos de Ludwing brillaron por un segundo, y dejando la copa sobre la mesa, se inclinó hacia el otro maestro de las artes, apoyando los codos sobre la mesa. - Contadme más, os lo ruego. Eso tiene que ver con el motivo de mi viaje-

Carl se reclino en su sillón. -Bien, comencemos. Estos parajes correspondían hace muchos, muchos años a la rica ciudad de Ilici. Era una prospera ciudad, con unos ricos cultivos, cuya base de exportación eran las plantaciones de Palmeras, aunque también destacaban en el trabajo del cuero, sobre todo en la elaboración de elegantes calzados. El

fervor a Sigmar era fuerte entre la población, construyendo una gran basílica a la que pusieron de nombre Santa María. En ella representaban un pasaje del libro de oraciones llamado "El misterio"-

-Incluso después de que el Gran Teogonista prohibiera las representaciones en los templos, los ciudadanos consiguieron una bula que los eximía de ello, y continuaron representándola con tal lujo de detalles y tanto celo, que el pasaje se empezó a conocer como "El Misterio de Ilici". Sin embargo, por desgracia, la Plaga Negra aniquiló a la mayoría de habitantes, y, según la leyenda, una horda de hombres ratas cayó sobre los supervivientes y los esclavizó, salvándose pocas almas que huyeron, y destruyeron la ciudad, y en especial la hermosa basílica. Hoy en día los dispersos supervivientes de aquella ciudad llaman a estos parajes Elx, aunque algunos los denominan también Elche-

Carl se inclinó hacia su invitado en este punto, mientras que su voz descendía hasta apenas un susurro, como si temía que alguien le escuchara.

-Pero hay más. Las ruinas de la ciudad atraen a ejércitos... a ejércitos de muchas razas, atraídos aquí por algo que golpea la conciencia de algunos individuos sensibles a los vientos de la magia. Los lugareños dicen que es debido a una poderosa reliquia oculta en las ruinas. Si, yo también lo he sentido-dijo tocándose el pecho- y por eso pedí este destino... sin embargo, las tropas de que dispongo son pocas para acercarme más a las citadas ruinas. Como ya he dicho, hay fuerzas hostiles rondando por allí, esperando encontrar ese supuesto objeto mágico-

-¡Por Sigmar! Tenemos que recuperar la Dama de Ilici antes que otros lleguen a encontrarla- exclamó Ludwing levantándose violentamente de su asiento. – ¿No sabréis por donde se llega a las ruinas de esa basílica?

-Si, estamos muy cerca. Tengo un antiguo plano de la ciudad. Con ese documento podremos situar las ruinas exactamente. Pero como ya dije, es muy peligroso acercarse allí. ¿Acaso disponéis de tropas suficientes?-



-He sido comisionado por el Mismísimo emperador para buscar y encontrar esa reliquia. Dispongo de dos poderosas unidades de caballeros. Cuento también con mi entregado discípulo de la escuela de magia de Altdorf. Por último, traigo un ingenio de destrucción muy poderoso, la última innovación de los ingenieros de Nuln, el temido cañón de salvas-

-Impresionante, ciertamente- concedió Carl- Pero no será suficiente. Sin embargo, yo puedo aportar más tropas. Solo dejaré algunas reservas para defender la torre hasta nuestra vuelta. Podemos contar con duras unidades de espadachines y de lanceros, veteranos de cien combates. También algunos arcabuceros, además de lugareños armados con lo que puedan encontrar, duros pero poco equipados. Nos llevaremos también uno de los grandes cañones que custodian la torre. Por último, también puedo disponer de hábiles cazadores, capaces de acercarse el enemigo y lanzar sus flechas antes de que se percaten de que están allí-

-Bien, de acuerdo. Partiremos mañana al alba. Yo y mis hombres estamos cansados, pero impacientes de cumplir nuestra misión. Si me indicáis mis aposentos intentaré reposar un poco si la emoción que me embarga me lo permite-



A la mañana siguiente, un fuerte contingente imperial partió de la torre apenas rallaba el alba. Avanzaron rápido, forzando la marcha, para conseguir llegar a las ruinas al amanecer. La distancia era corta, como había dicho Carl, y vislumbraron las ruinas bajo los esperanzadores rayos del rojizo amanecer.



Sin embargo, en ese momento varios de los exploradores se acercaron a los magos.

-¡Enemigos! ¡Por doquier! ¡Varios contingentes armados se aproximan!-

-¿Quiénes son?- inquirió Ludwing.

-Hay de todo, mi señor. Renegados imperiales, tropas mercenarias, salvajes orcos, unidades de altivos elfos, incluso hordas de adoradores del caos. Todos parece ser que se dirigen hacia aquí, y todos están aprestados para luchar-

-¡Os lo dije! Las tropas se ven atraídas hacia aquí, seguramente por el poder de ese artefacto que denomináis "La Dama de Ilici". ¿Qué hacemos? ¿Nos retiramos a la Torre?- preguntó Carl

-¿Tan cerca? Jamás. Somos hijos del Imperio. Somos los elegidos del Emperador. Permaneceremos aquí para siempre o nos llevaremos lo que hemos venido a buscar. Los enemigos también tienen enemistad entre ellos. Cruzaran sus espadas entre sí, por lo que no tendremos que luchar con todos. Y aniquilaremos a los supervivientes. ¡POR SIGMAR!-

-¡POR SIGMAR!- Gritaron las tropas allí reunidas, mientras se desplegaban para el combate. Los caballos piafaron excitados. Los artilleros cargaban sus ingenios de destrucción mientras los arcabuceros median cuidadosamente la pólvora que introducían en sus armas. Los orgullosos portaestandartes de las unidades alzaron sus insignias mientras el viento las hacía ondear. Los batidores se escabulleron entre los matorrales que crecían entre las numerosas palmeras. Carl miró el poderoso anillo familiar que portaba en la mano derecha, mientras apretaba fuertemente el mango de su gran martillo sagrado. Mientras, Ludwing, con su poderoso báculo en la mano, lo alzó a la vista de sus tropas mientras gritaba, apagando con su voz los sonidos de las tropas enemigas ya casi al alcance de las armas de proyectil:

¡POR SIGMAR! ¡POR EL IMPERIO! ¡POR EL EMPERADOR! ¡POR ILICI!

Las tropas, alzaron sus voces que sonaron como el mar rompiendo sobre las rocas.

**¡VICTORIA O MUERTE!**

**¡VICTORIA O MUERTE!**

**¡VICTORIA O MUERTE!**